

Juanita dió un paso atrás como quien se aparta de objeto que le inspira asco y lanzó á Longino una mirada de soberano desprecio.

Longino no la comprendió.

Después, con todo el sosiego y con toda la frescura de quien ha tomado una resolución firme y sabe lo que dice y lo que hace, Juanita contestó:

—Diga usted á su amo que le aguardo esta noche, en mi casa á las ocho en punto. Rafaela abrirá la puerta. Yo estaré sola en la sala alta.



XLII

DON Paco pasó varias veces aquel día por la puerta de la casa de Juanita; pero no se atrevió á entrar en ella antes de la hora convenida.

Aunque Juanita le vió, no quiso llamarle, ni hablarle, tal vez por temor de revelar involuntariamente cosas que quería tener calladas.

Hasta las cuatro de la tarde estuvo sin salir de casa, cosiendo con la mayor tranquilidad.

Entonces llamó á Rafaela y le dijo:

—Oye, Rafaela: he mudado de opinión. Tus razones me han convencido. Esta noche recibiré al Sr. D. Andrés. Ya está avisado, y creo que no faltará. Está á la mira tú; ábrele, si es posible, antes de que llame, y dile que suba á la sala alta, donde yo le aguardo. Tú no subirás ni acudirás, suceda lo que suceda. Hasta que no vuelva mi madre ha de parecer como si no hubiese na-

die en esta casa sino yo y el Sr. D. Andrés. ¿Me has comprendido?

— Te he comprendido y haré como lo dices—
centestó Rafaela.

En seguida se marchó Juanita á pasar la tarde con doña Inés, según tenía de costumbre.

Con gran devoción y serenidad leyó á su madrina no pocas devociones y rezos propios de la Semana Santa en que estaban.

Quiso en seguida doña Inés preparar y adoc-trinar á Juanita para el monjío, y echando mano á las obras del padre maestro Juan de Avila, á que ella era muy aficionada, le leyó, con comentarios y anotaciones de su cosecha, párrafos y aun capítulos enteros del muy edificante tratado que el mencionado padre escribió para una monja, explanando profusamente aquellas palabras del santo rey David, que dicen: *Oye, hija, è inclina tu oreja y olvida tu pueblo y la casa de tu madre* (aquí ponía doña Inés *madre* en vez de *padre* para que viniese mejor á cuento) *y codiciará el rey tu hermosura*. Claro está que este rey era Cristo, con quien quería doña Inés que Juanita se desposase.

En extremo alabó y ponderó doña Inés los elevados pensamientos de Juanita; pero añadió que á pesar de esos pensamientos elevados, podían brotar en su alma imaginaciones feas de cuyas importunidades y peligros debía defenderse.

El engreimiento y la soberbia son muy malos, enojan mucho al cielo, y tal vez hacen que el cielo, para castigarnos, para humillarnos ó para pro-

barnos mejor, permita que los enemigos del alma le den feroces ataques en la parte baja, mientras que su porción elevadísima se cree punto menos que glorificada y en íntimos coloquios y en unión estrecha con lo divino. Así Moisés, para ejemplo de esto, se hallaba en la cumbre del Sinaí conversando con el Altísimo, y la plebe entre tanto se le alborotó allá abajo y se puso á adorar los ídolos y se entregó á liviandades y torpezas. En vista de lo cual, doña Inés aconsejó á Juanita que desconfiase de sus bríos, y que no se juzgase muy aprovechada y segura de su poder sobre la plebe sediciosa, ni muy adelantada en el camino de la perfección, pues aunque siguiese el camino, bien podían estar emboscados cerca de él y salirle al encuentro ladrones que intentasen robarle la joya de la castidad. Para la custodia de esta joya, tanto ó más que la fortaleza, importan la modestia y el constante cuidado.

Conviene no desechar el temor de perderla, y conviene huir del peligro, porque quien ama el peligro en él perece.

Como doña Inés era muy elocuente y los puntos susodichos se prestan á variadas amplificaciones, el discurso de doña Inés, interrumpido á trechos por Juanita, más que para cortarle para avisarle, duró hasta después de las siete, que era lo que Juanita deseaba.

Cercana ya la hora en que había citado á don Andrés, Juanita consideró indispensable hacer á su amiga gravísimas revelaciones.

—He oído con la debida atención—dijo la mu-

chacha—todo lo que acabas de decirme, y te confieso que estoy atribulada y amedrentada.

—¿Y cuál es la causa, hija mía, de tu tribulación y de tu susto?

—Pues... fuera vergüenza... á tí, que eres mi guía, debo confesártelo todo. Tus consejos y advertencias de hoy vienen ya tarde. El engreimiento y la soberbia se han apoderado de mí y me han hecho pecar acaso mortalmente.

—¿Y cómo es eso?—interrumpió doña Inés, sorprendida y sobresaltada.

—Te diré la verdad—contestó Juanita.—Yo no he querido huir del peligro, sino buscarle y arrostrarle para triunfar de él. No he querido siquiera considerarle peligro y le he despreciado. Es más, la necia y constante amenaza me ha hecho perder la paciencia, y yo misma, para acabar de una vez, he emplazado, citado y llamado á singular combate al enemigo, que me tiene ya frita y harta de oír sus bravatas y provocaciones.

—No te entiendo, explícate bien; ¿de qué bravatas hablas? ¿Quién es el enemigo que te provoca?

—Es el enemigo un caballero principal, tan audaz como rico, el cual entiende que no debe haber obstáculo que se le oponga ni voluntad que se le resista.

Muy poética y elevada idea daban las palabras de la muchacha del caballero su enemigo; pero doña Inés supuso que la elevación y la poesía eran obra de la imaginación de la muchacha; y despojando el concepto de las mencionadas cua-

lidades, pensó reconocer en él, sin la menor duda, á su marido D. Alvaro, de cuyas pretensiones estaba ya informada por Serafina, y de cuyos atrevimientos andaba recelosa. Por algo á modo de pudor no excitó á Juanita á que pronunciase el nombre del atrevido. Ella creía saberle sin que Juanita le pronunciara.

Inquieta doña Inés, procuró investigar lo que más le importaba y dijo:

—¿Pero qué cita es esa á que aludes? ¿A qué duelo, á qué singular combate te preparas?

—Haré un esfuerzo—replicó la muchacha;—todo, todo lo sabrás, aunque me condenes por audaz ó me tengas por loca. El hombre de que te he hablado me asedia, me acosa, y viene á mí en la calle, en la iglesia y en tu misma casa, y me hace las más insolentes proposiciones. Espera deslumbrarme y seducirme y que le rinda mi albedrío. La fatuidad con que él presume y se jacta de lograr todo esto me ha humillado, me ha vejado y me ha ofendido. Quiero vengarme, y me vengaré. Quiero desengañar á ese hombre, y le desengañaré con el más duro desengaño. Por sí mismo y por medio de viles terceros se obstina en que yo le reciba á solas en mi casa y me pide una cita. Cansada yo de negársela, sin conseguir que desista, que me respete, que forme de mí la opinión que debe y que me trate como se trata á una mujer honrada, he accedido á la cita para que venga y vea y sepa quien soy, y para tratarle como merece.

—¡Animas benditas!—exclamó doña Inés po-

niéndose las manos en la cabeza.—Tú no sabes lo que has hecho. Eso es aventuradísimo. Aunque sepas resistir, aunque no caigas en la tentación ni peques, ¿no ves que te expones á echar tu reputación por los suelos y á que ese malvado seductor te venza, y si no te vence, se vengue de tí deshonrándote y suponiendo que logró lo que deseaba? ¿No adviertes cuán indecoroso es para una doncella conceder esas citas aun cuando sea con el fin de quedar en ellas triunfante? ¿Qué horrores no estará él pensando de tí desde el momento en que le concediste la cita? Es indispensable que le envíes á decir que te arrepientes y que la cita ya no tendrá lugar.

Juanita conoció que el momento era llegado en que tenía que echar á rodar su humildad y obediencia, declarándose independiente de su maestra y amiga y manifestando lo enérgico é indómito de su voluntad, que á nada ni á nadie se doblegaba.

Puesta en pie y yendo hacia doña Inés, le dijo:

—Tú no me conoces todavía. Yo no me arrepiento ni cejo. Bueno fuera que creyese el tal señor que yo había tenido un momento de debilidad y que luego me había arrepentido. ¿No adviertes que de ese modo me confesaba yo culpada, si no del delito, del conato. No, yo no soy débil. Tú te has empeñado en creermé cordera y soy leona. Por el extraño afecto que me has cobrado, me requiebras y crees lisonjearme comparándome á la Sulamita y llamándome suave y graciosa como Jerusalén. Ya verás tú que tam-

bién soy terrible como un escuadrón de caballería que carga á galope sobre el enemigo.

Juanita, cerca ya de doña Inés, la fascinaba, mirándola con ojos felinos, cuya luz roja parecía mezcla de fuego y de sangre.

Luego prosiguió:

—¿Y qué decoro es ese al que me recomiendas que no falte? ¿Quién reconoce ese decoro en la mal nacida como yo, en la hija de una mujer que lava mondongos y hace morcillas para ganar su sustento? Todos me menosprecian, me tratan mal y piensan peor de mí. Hasta ahora lo he sufrido, pero ya se me agotó el sufrimiento. He de ser atroz, si es necesario. En los mismos libros que tú me has hecho leer no se ensalza sólo la servil mansedumbre de Ruth, sino más, si cabe, la ferocidad de Judith, que degüella al capitán de los asirios, y la espantosa hazaña de Jahel, que atraviesa con martillo y clavo las sienes de Sisara.

Notando Juanita que doña Inés se asustaba un poco al verla y al oirla tan bárbaramente bíblica, prosiguió sonriendo:

—Pero no te apures ni te sobrecojas. No será menester tocar en tales extremos: no llegará la sangre al río. Aunque será severa la lección que yo dé, no pasará á ser tragedia, y quedará en sainete.

—Pero ¿qué piensas hacer, hija mía? ¿Qué frenesí es el tuyo?—preguntó doña Inés muy conmovida y cariñosa.

—Ya lo verás si quieres—contestó Juanita.—

Todo lo tengo pensado: mas no has de saberlo como no lo veas.

—¿Y cómo? ¿Y dónde?

—Ven conmigo á mi casa. Sólo faltan algunos minutos para que llegue la hora de la cita. Con tu presencia me infundirás valor.

—Eso ya es otra cosa—respondió doña Inés.

Doña Inés pensó, sin duda, en el rato de gusto que iba á tener contribuyendo á chasquear á don Alvaro, que acudiría muy ufano á la cita y se encontraría en ella á su austera consorte.

En efecto; si el lance pasaba así, más que tragedia sería sainete.

Doña Inés perdió el miedo y sintió la irresistible tentación de ver el sainete y aun de hacer en él uno de los principales papeles.

—Está bien, Juanita—dijo.—Iré en tu compañía y te prestaré mi auxilio. Muy fina prueba de mi amistad te daré con ésto, porque yo también puedo comprometerme.

—Entendámonos—repuso Juanita.—Yo no quiero tu auxilio. ¿Qué mérito tendrá entonces mi victoria? Tú no te comprometerás, porque te quedarás escondida y nadie sabrá que has estado en mi casa. Y tampoco te expondrás á ningún percance porque verás los toros desde el andamio.

—Sí..., pero explicate... no me hagas ir á ciegas... explicate.

—Se va á pasar la hora. Urge ir á mi casa. No hay tiempo para darte explicaciones ni tú las necesitas. Ea, despáchate. Toma un mantón; échate

tele bien á la cara para que no te la vean. La gente anda embelesada con la procesión que probablemente termina en este momento y no reparará ni en tí ni en mí.

Y hablando de esta suerte, la misma Juanita buscó un mantón, se le puso á doña Inés en la cabeza y llevándola por delante de sí, la empujó y la hizo andar.

Dominada doña Inés por aquella imperiosa criatura, se dejó llevar por ella.

Ambas llegaron á casa de Juanita. Esta, para que Rafaela no viese que entraba en su casa acompañada de otra persona, abrió la puerta con la llave que tenía en el bolsillo.

Las dos mujeres, calladas y de puntillas, subieron á la sala alta.

Faltaban ya pocos minutos para dar las ocho.

La alcoba en que dormía Juanita no tenía más luz que la que entraba por un ventanillo redondo, abierto sobre la puerta de la alcoba que daba salida á la sala. En ésta, y no en la alcoba, donde no había espacio bastante, se lavaba, se peinaba y se vestía Juanita todas las mañanas. En la alcoba apenas había más muebles que la cama, una mesita de noche, un armario para vestidos y tres sillas.

Juanita llevó á doña Inés á la alcoba.

—Tú, subida en una silla, verás por ese ventanuco todo lo que pase. Acaso tengas no poco de que admirarte y de que reírte.

Dicho esto, salió Juanita de la alcoba, y dejó en ella á doña Inés como presa, cerrando de súbito la puerta y echando por fuera la llave.

—¿Qué haces?— exclamó doña Inés.—¿Qué necesidad es la tuya? ¿Por qué me encierras?

Juanita contestó riendo:

—Te encierro para estar segura de tu neutralidad. No te quiero por aliada, sino por testigo. Cállate y mira.

Doña Inés, bastante enojada, replicó todavía:

—Ábreme. ¿Tendré que arrepentirme de haberme fiado de tí? ¿Qué burlas son éstas?

—Perdóname, perdóname—dijo Juanita con voz suplicante y dulce.—Tú eres mi madrina, mi protectora, y yo no quiero ni debo burlarme de tí. No dudes que conviene lo que hago. Cállate por Dios. Ten prudencia. Mira y observa sin hablar. Cállate. Oigo ruido. Nuestro hombre ha entrado en casa. Ya sube por la escalera. Chitón. Si él sospecha que hay alguien ahí, darás un escándalo y harás una tontería.

Doña Inés se resignó y se calló.

Pocos segundos después entró D. Andrés Rubio en la sala.



XLIII

JUANITA no se arrepentía nunca de lo que había hecho, después de haberlo reflexionado bien ó mal; pero si su voluntad era firme y hasta terca, su entendimiento vacilaba y cambiaba á menudo, porque sucesivamente, cuando no al mismo tiempo, veía el pro y el contra de todas las cosas.

Al hallarse en presencia de D. Andrés, la asaltaron dudas y sintió algo como remordimiento.

—¿Hasta qué punto, pensó, me puedo permitir la burla que quiero hacer á este hombre, y hasta qué punto se la tiene merecida? ¿He sido suficientemente acosada para llegar á este extremo?

Como si ella misma se contestase, y sin dar tiempo á que D. Andrés dijese palabra, Juanita habló de esta suerte:

—Perdóneme V. E. Sr. D. Andrés, si le he atraído á mi casa con algo que puede calificarse de engaño. Me pidió V. E. una cita amorosa y yo se la he concedido...

—Pues entonces, dijo D. Andrés, no es mi perdón sino infinitas gracias lo que tengo que darte.

—Así sería, dijo la muchacha, si yo, desmintiendo la lealtad de mi carácter, no hubiese en esta ocasión engañado á V. E.

D. Andrés era hombre de mucha calma y de bastante mundo. Presumió que la muchacha quería hacerse valer, ir cediendo poco á poco y no declararse desde luego vencida. Tomó, pues, una silla y se sentó con mucho reposo apercibiéndose á oír lo que la muchacha dijese y hasta á contestarle discutiendo tranquilamente con ella. Aunque la discusión y el coloquio durasen media hora, serían el *andante* de un dúo y harían más vivo y más grato el *allegro* que vendría después.

Echados estos cálculos y ajustando á ellos su conducta, D. Andrés dijo:

—Veo con sorpresa que he venido á hacer aquí el extraño papel de tu confesor. Te me confiesas desleal y engañosa. ¿Qué quieres? Feos pecados son esos, pero la pecadora es tan bonita que yo la perdonaré y la absolveré si se arrepiente.

—De nada tengo que arrepentirme. Lo que he hecho, lo he hecho porque no podía por menos. V. E. me perseguía, me comprometía, me exponía y se exponía á sí mismo á tener un lance con mi novio. He sido leal y no he ocultado á V. E. que tengo novio y que le quiero y que por nada y por nadie del mundo le faltaré nunca. V. E. ha sabido por mi boca que ese novio mío es su amigo de toda la vida. Si él debe á V. E. muchos fa-

vores, también V. E. se los debe. Y si esto no le arredra y si no desiste de perseguirme y de solicitarme ¿quién es aquí el desleal y el engañoso: V. E. ó yo?

—No hay de mi parte, contestó D. Andrés, ni deslealtad ni engaño. El lazo reciente que á don Paco te une, bien puede desatarse con la misma prontitud con que se ha atado. Ni á él ni á ti os conviene. A él y á ti os sirvo y os valgo interviniendo para que el lazo se rompa. Quizás le dolería á él por lo pronto, pero más tarde me lo agradecería. Más tarde sentiría la satisfacción de verse libre de un absurdo compromiso.

—El compromiso, exclamó Juanita enojada, no es ni absurdo ni repentino. Hace ya cerca de dos años que él me ama de amor; que me respeta cuando todos me desdeñaban; que me trata como á una señora y como á una santa cuando todos me juzgaban una pérdida; que no ha sentido vergüenza ni ha vacilado en ofrecerme su mano y en darme su nombre; que aun viéndose desdeñado por mí, ha seguido amándome y que me ha celado, y, creyéndome pocos días há prendada de otro hombre ó harto liviana para concederle favores, ha faltado poco para que se muera de pena. ¿Qué hay pues de absurdo ni de repentino en este compromiso? Yo le quiero y sería la más ingrata de las mujeres si no le quisiese. Yo le amo desde hace tiempo aunque hasta ayer no se lo he declarado y no le he dicho que soy suya. Suya soy ahora, y lo seré siempre, y sería yo muy vil si sólo con el pensamiento y si sólo por un

leve instante quebrantase la fe que le tengo prometida.

—Todo eso estará muy bien. No vengo aquí á discutirlo contigo. Ni para que tú me lo digas ni para que yo lo discuta, te he pedido yo y tú me has concedido la cita. Yo no soy un personaje ridículo y tú no tienes derecho para querer hacerme objeto de una necia burla.

—Yo estaba exasperada Sr. D. Andrés y si alguna falta hubo en mí, harta disculpa tiene. Por mi humilde cuna, por mi baja condición social, todos me despreciaban, incluso V. E. Confieso que he querido vengarme de este desprecio, y aun convertirle en aprecio, haciendo sentir á V. E. que valgo más de lo que imagina.

—Ahí está tu equivocación, Juanita; dijo don Andrés. Yo no he creído que te menospreciaba y que te humillaba al requebrarte. Sobre poco más ó menos tan plebeyo soy yo como tú y tan humilde es mi cuna como la tuya. Si tu madre se emplea en adobar cerdos, mi padre, antes de hacerse rico, como arriero y como labrador, guardó los cerdos en sus primeros años, porque fué porquerizo. Con que ya ves que nada nos debemos. Ya ves que es una tontería imaginar que yo te he solicitado por la bajeza de tu extracción. Lo mismo te hubiera solicitado y te hubiera perseguido, porque me enamoras, aunque fueses una reina extraviada por estos andurriales ó la princesa heredera del mayor imperio del mundo. Además tú eres libre y yo también lo soy. ¿A qué juramentos, á qué deberes hubiéramos

faltado queriéndonos? ¿Me habías tú dado seriamente parte de tu compromiso con D. Paco? ¿No podría yo suponer que era una coquetería sin formalidad ni consecuencia? Desengañate, tú has querido mofarte de mí sin motivo alguno, tú has querido vengar en mí agravios, imaginados ó reales, que otros y no yo te han hecho. A decir verdad tú debiste enamorar al padre Anselmo y atraerle á esta cita si es que la cita sigue siendo de burla. Él y no yo fué quien reprobó que te vistieses de seda. Lo que es yo aprobé y aplaudí el verte tan bien vestida. Y por mi gusto cada día estrenarías tú trajes mejores y más lujosos.

Juanita se aturdió un poco con esta no esperada salida del Sr. D. Andrés.

Casi receló que él tenía razón y que ella se había conducido irreflexiva y arrebatadamente.

Al fin habló así.

—Yo no voy á sostener ahora que he procedido contra V. E. con motivo bastante. Lo que digo es que estaba y aun estoy fuera de mí. Nada me importaría que me considerasen con la obligación de no vestirme ni de seda, ni de lana, ni de algodón siquiera, sino de esparto. Lo que me importa es que me respeten. ¿Qué segundo pecado original es el mío, que no hay bautismo que lave? ¿Qué mancha indeleble ha caído sobre mí, que no hay nada que limpie? ¿Qué vicio innato hay en mi sangre del que yo no puedo purificarla? ¿Por qué se supone tal mi flaqueza,

que necesite yo refugiarme en un convento para resistir las seducciones y los peligros del mundo? Crea V. E., Sr. D. Andrés, que aunque yo tuviera vocación de monja, la perdería si imaginase que era para huir de peligros que desprecio y que me siento capaz de arrostrar con el mayor denuedo.

D. Andrés se sonrió, halló graciosa y algo disparatada á Juanita al oírla quejarse y lamentarse de aquel modo, y le dijo con dulzura.

—Pero, hija mía, con todo eso que dices sólo me pruebas que estás quejosa de doña Inés. Quéjate en hora buena y no me hagas á mí responsable. Ni yo quiero que te metas monja, sino todo lo contrario, ni por más que miro alrededor de ti descubro los peligros que te cercan. Yo no deseo que te vengues de doña Inés ni de nadie; pero en todo caso, de ella y no de mí tendrías razón para vengarte. Y perdona, además, que sea franco contigo y que te acuse de un pecado constante y aun prolijo en tí; tu hipocresía tenaz. Ha tiempo que debiste tener el valor de no fingirte mística y devota si no lo eras, y de decirselo á doña Inés y no seguir engañándola. En tu franqueza pudo haber peligro, aunque tú le exagerabas; pero, ya que te jactas de valiente, debiste hacer cara á ese peligro sin apartarle de tí por medio de una falsía.

Juanita se mordió los labios, se compungió un poco y empezó á sospechar que en vez de dar una lección era ella quien iba á recibirla. Pronto, no obstante, se repuso. La misma dureza de

la acusación le hizo ver más clara su injusticia.

Juanita no había tomado asiento como D. Andrés. De pié se agitaba, hablaba é iba de un lado á otro.

Parándose y encarándose con D. Andrés, le dijo:

—¡Cuán injustamente me acusa V. E. de hipócrita y de falsa! ¿Qué había de hacer yo? La aprobación y el aplauso que V. E. dice que me daba, eran tan ocultos como inútiles; eran la carabina de Ambrosio. La reprobación general cayó sobre mí y sobre mi madre, y V. E. no protestó ni volvió por nosotras. Se supuso que yo era una perdida. Huyó la gente de mí para evitar el contagio como si yo tuviera la peste. Hasta ese desventurado de Antoñuelo me insultó y me abandonó. Sólo D. Paco fué constante en amarme y en respetarme. Pero, repito, ¿qué había yo de hacer? Si yo apreciaba todo el valer de D. Paco, aún no le amaba de amor. ¿Podía yo abusar entonces de su caballerosidad y tomarle por marido y por escudo, arrastrándole conmigo al basurero en que todos los del lugar me habían echado? ¿Si yo fuese en realidad una perdida ó tuviese inclinación á serlo, me cree V. E. tan estúpida que ignore lo que valdría y lo que alcanzaría si á tal oficio me dedicase? Al verme en aquel humillante aislamiento, por haber querido lucir entre patanes la gallardía de mi persona, en vez de quedarme aquí y de ser hipócrita y falsa como V. E. dice, me hubiera ido á Madrid, á Barcelona, quien sabe si á París, donde se entiende lo que es hermoso y elegan-

te y se paga bien cuando se pone á la venta, y hace tiempo que viviría yo en un palacio y andaría en coche y gastaría en una semana más de lo que vale todo el caudal de V. E. bien vendido. ¿Pues qué ventaja he sacado yo de la hipocresía de que V. E. me acusa? Vivir con más apuros y con más miseria que antes; emplear mi tiempo en oír discursos de doña Inés y en leer con ella libros devotos, y no haber logrado hasta ahora con todo ello, sino la amistad de doña Inés que yo apreciaría infinito si ella me la diese incondicionalmente y sin sujetarme á sus tiránicos caprichos. También he logrado con mi hipocresía llamar hacia mí la tardía atención de V. E., que ahora, y no antes, me aprueba y me aplaude, pero de un modo según el cual no quiero yo ser aprobada ni aplaudida.

—Juanita, dijo D. Andrés: yo no he venido aquí á disputar contigo. Tendrás razón en estar quejosa de todo el género humano, pero de mí debes estar menos quejosa que de nadie. Mi pecado, si le hubo, fué de tardanza. No volví por tí á tiempo: ahora estoy dispuesto á enmendarme, pero quiéreme. ¿No gustas tú de que te respeten? Pues yo también gusto de ser respetado. No debo sufrir que de mí hagas tu juguete.

—Yo soy una chica de tan buen humor, que por fortuna huyo de lo trágico y todo lo tomo á risa. Y más vale así, porque mis compatriotas me han desesperado tanto, que si yo lo hubiese tomado más por lo serio, hubiera sido cosa de armarme de una caja de fósforos y de una lata

de petróleo y de pegar fuego al lugar. Con que así, mejor es que yo tome á V. E. por juguete, que no que le pegue fuego.

—Prefiero el fuego á la burla que ahora quieres hacer de mí.

—Cuanto yerra al decir eso el Sr. D. Andrés —dijo Juanita casi cariñosamente. ¿Por qué ha de tenerse por burlado un hombre de noble corazón, si en vez de lograr los fáciles favores y de gozar de las compradas caricias de una mujer sinvergüenza, se halla con una mujer digna y honrada que anhela merecer y obtener su estimación, que le brinda con su más fervorosa amistad y que le tiende confiadamente las manos?

Al hablar así, con verdadera efusión, Juanita tendió en efecto las manos á D. Andrés. D. Andrés las tomó entre las suyas.

Juanita apareció entonces tan confiada y tan hermosa á los ojos del cacique, que éste le dijo:

—¿Por qué tu amistad solamente? ¿Por qué no tu amor? Ambos somos libres. Amándonos no tendremos que engañar á nadie. No tendremos que disimular ni que ocultar nuestro amor como un delito, como un robo.

—Eso no puede ser, yo no amo á V. E. de amor;—contestó Juanita. Yo amo de amor á otro hombre; y desprendió sus manos de las de don Andrés que aún las retenían.

Durante todo este coloquio doña Inés miraba por la claraboya y á menudo sentía la comezón de tomar parte en él hablando desde allí, pero el temor de lo ridículo enfrenaba su lengua.